

Alcibíades a los ojos de Tucídides y Plutarco

D. Roberto Martínez Catalán

Licenciado en Historia

(Universidad de Zaragoza)

Resumen

El presente estudio intenta profundizar en la imagen, la concepción, que se tenía de este polémico personaje a la luz de Tucídides y Plutarco, dos de los más importantes autores clásicos que nos ofrecen información sobre él.

Abstract

This study delves deeper into the image, conception, they had of this controversial figure in light of Thucydides and Plutarch, two of the most important classics that we provide information about him.

Palabras Clave

Atenas, historiografía, Alcibíades, Plutarco, Tucídides.

Keywords

Athens, historiography, Alcibiades, Plutarch, Thucydides.



Introducción

Alcibíades nació con todas las cualidades para triunfar en el mundo de la política: una familia influyente, riquezas, belleza, inteligencia... y sobre todo ambición. Sin embargo, no hay que olvidar que toda persona es hija de su tiempo. En su caso la cancha que permitió el despliegue de su carrera fue el enfrentamiento entre Atenas y Esparta por el dominio del mundo griego, la conocida como Guerra del Peloponeso (431 – 404 a.c.). Una época de grandes batallas y empresas a la altura de un joven que no se conformaba con mediocridades.

Fue sin lugar a dudas el personaje más popular de su tiempo, destacando por encima de los demás líderes y marcando su generación y posteriores. A diferencia de otros, las fuentes no solo nos informan sobre sus hechos políticos y militares, como inevitablemente cabría esperar, sino además sobre su vida cotidiana, extravagancias, infancia y todo tipo de anécdotas. Tal debió de ser la fama y leyenda de este ateniense; atrayente tanto para bien como para mal, digno de la mayor admiración y del más acérrimo desprecio. Pese a su accidentada vida y asesinato final, huyendo y en lo más bajo de su poder, su huella y recuerdo (tan importantes en el ideario griego¹) son imperecederos. Casi nos podemos imaginar al joven Alcibíades sonriente, feliz y satisfecho porque ha conseguido su objetivo, formar parte de la historia.

El presente estudio intenta profundizar en la imagen, la concepción, que se tenía de este polémico personaje a la luz de Tucídides y Plutarco, dos de los más importantes autores clásicos que nos ofrecen información sobre él. Concretamente, se han utilizado las siguientes ediciones:

¹ A este respecto es elocuente la historia de Eróstrato, un pastor de Éfeso que incendió el Templo de Artemisa (una de las siete maravillas del mundo antiguo) para conseguir fama, para que su nombre fuera bien recordado por todos.



- TUCÍDIDES, *Historia de las Guerras del Peloponeso*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.
- PLUTARCO, *Vidas Paralelas: Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades-Coriolano*, Cátedra, Madrid, 1999.

En primer lugar es necesario señalar las diferencias entre una y otra obra. Tucídides es un historiador que pretende narrar de forma racional y cronológica una guerra. Como es lógico a lo largo del relato aparecen diferentes personajes y en ocasiones entra en detalles personales, pero siempre y cuando sirven para comprender la narración, desechándolos cuando son superfluos para el relato histórico. La obra de Plutarco, en cambio, es una serie de relatos biográficos que pretenden servir como ejemplos y contraejemplos morales. Naturalmente los protagonistas aparecen unidos a sus hechos y realizaciones, pero en este caso el relato histórico aparece subordinado al personaje. En consecuencia a veces las grandes batallas y las crisis políticas quedan difuminadas y solo se sigue la intervención del personaje. Por ejemplo:

«Al enterarse Alcibíades de esto [de la exasperación del pueblo ateniense y de la elección de otros estrategos tras la derrota de su subordinado Antíoco], lleno de temor abandonó definitivamente el ejército y reuniendo soldados mercenarios, comenzó a hacer por su cuenta la guerra contra los tracios. (...) Y como los estrategos (...) que tenían juntas en Egos Pótamos todas las naves (...) como si menospreciaran a sus enemigos, Alcibíades, que se encontraba cerca, no pudo observar esta conducta con despreocupación e indiferencia, y se acercó a caballo y advirtió a los generales» PLU 36, 5-6.

Se puede ver como se pasa de la derrota de Notio (406 a.c.) y el exilio definitivo de Alcibíades a la batalla de Egospótamos (405 a.c.). Sin mencionar entre medio las Arginusas (406 a.c.) y su consecuencia: el descabezamiento



del ejército ateniense y la elección de nuevos generales, alguno quizás poco de fiar tal y como deja caer a continuación el propio Plutarco («con la sospecha de que había alguna clase de traición en ellos» PLU, 37, 2). El relato sigue cronológicamente a Alcibíades obviando aquellas situaciones en las que no participa, que sí serían necesarias para comprender y dar coherencia a un relato histórico, pero no para una obra biográfica. Y hecha la introducción y esta anotación comencemos.

La ambición como guía

La primera aparición de Alcibíades en la obra de Tucídides es en el 420-419 a.c. con motivo de las primeras disputas entorno a la paz de Nicias y unas negociaciones por su cuenta con Argos para firmar una alianza. Aunque ya podría parecer que hay una mención indirecta antes, tras el tercer y último discurso de Pericles:

«Pero *ellos* [los continuadores de Pericles] hicieron justo lo contrario a esto, y en otros asuntos que parecían ser ajenos al desarrollo de la guerra, emprendieron una política perjudicial tanto para los asuntos propios [de la ciudad] como para los aliados, y *todo ello a causa de ambiciones particulares e intereses privados*» TUC, II, 65.

Acusación a los políticos egoístas, en donde fácilmente se podría incluir a Alcibíades, sin embargo a continuación:

«Por el contrario, sus sucesores eran todos ellos de una similar influencia entre sí, y como cada uno pretendía llegar a ser el primero, se dedicaron a sacrificar todos los asuntos a la adulación del pueblo.

De esta manera de proceder se originaron otros muchos errores (...), como fue sobre todo la expedición a Sicilia que no resultó tanto un error de cálculo respecto del poder de aquellos contra quienes iban,



cuanto que quienes la promovieron no acordaron las medidas que mejor convenían a los que partieron, *sino que por las recriminaciones que los particulares se hacían con vista a obtener el liderazgo del pueblo no sólo debilitaron la fuerza del ejército, sino que por primera vez provocaron disturbios en los asuntos públicos de la ciudad*» TUC, II, 65.

Cita el ejemplo de Sicilia en donde Alcibíades es la víctima de estos manejos políticos. En consecuencia: ¿debemos incluir o no, según el texto de Tucídides, a Alcibíades dentro de este grupo de políticos causantes de la ruina de la ciudad? No está claro.

La primera aparición como decíamos pues es con motivo de unas negociaciones con Argos:

«(...) los que en Atenas querían a su vez romper la tregua intensificaron al punto su acción. Entre ellos destacaba uno, Alcibíades, hijo de Clinias, un hombre a quien, por su edad, en cualquier otra ciudad se le habría considerado aún joven, pero que gozaba de gran estima merced a la reputación de sus antepasados.

Estimaba él que era preferible aliarse con los argivos, y por otra parte, *se oponía al tratado de paz por una cuestión de amor propio, ya que estaba celoso de que los lacedemonios lo hubieran negociado por mediación de Nicias y Laquete, sin tomarle a él en consideración, a causa de su edad, ni haberle demostrado ninguna consideración en atención a la antigua proxenia² de otros tiempos, que él pensaba renovar ocupándose de los lacedemonios prisioneros en la isla [de Esfactoria] (a pesar de que su abuelo había renunciado a ella) (...).*

² Institución que deriva del término próxeno: «Persona encargada por su propia ciudad de ocuparse (...) de los intereses de los naturales de una ciudad extranjera. Debía prestar ayuda y asistencia a estos extranjeros (xenoí), sobre todo si tenían dificultades jurídicas o financieras, y dar hospitalidad a las embajadas de la ciudad que le daban título» (FERNÁNDEZ URIEL, Pilar y VÁZQUEZ HOYS, Ana María: *Diccionario del Mundo Antiguo. Próximo Oriente, Egipto, Grecia y Roma*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, s. v. próxeno).



Y ahora, una vez que había estallado la discordia, tomó de inmediato la iniciativa de enviar por su cuenta un mensaje a Argos invitándoles a que acudieran cuanto antes en compañía de los manteneos y eleos a proponer un pacto de alianza» TUC, V, 43.

«A Alcibíades no le contrariaba menos la admiración que los enemigos sentían por Nicias que las honras que los ciudadanos le tributaban. Alcibíades en efecto, era próxeno de los lacedemonios, y era él quien había prestado asistencia a los que fueron hechos cautivos en Pilo. Pero como había sido sobre todo por Nicias por quien habían logrado la paz y recuperado a los cautivos, tenían un afecto singular por él. Además, entre los griegos circulaba el dicho de que Pericles era el que había emprendido la guerra, y Nicias, el que le había puesto fin, y la mayoría llamaba esta paz paz de Nicias. *Todo esto causaba un profundo pesar a Alcibíades, que, lleno de envidia, comenzó a planear una violación de los juramentos que garantizaban el tratado.* En primer lugar, al darse cuenta de que los argivos, por odio y rencor contra los espartiatas, buscaban una excusa para hacer defección de ellos, fue dándoles en secreto esperanzas de una alianza con los atenienses y no hacía más que estimularlos mediante emisarios y conversaciones con los jefes del partido popular [los demócratas]» PLU, 14, 1-3.

Ambos fragmentos dicen esencialmente lo mismo, Plutarco posiblemente como en muchos otros se basó en el propio Tucídides para relatar este episodio. Introducen ya algún tema que será de interés posteriormente, como la proxenia de Alcibíades. Por otra parte, no se menciona ninguna amistad previa con los habitantes de Argos, lo que quizás hace dudar que un particular (aunque fuese importante como Alcibíades) tuviese la suficiente influencia para ponerse en contacto con un pueblo extranjero, animarles a concertar una alianza y conseguir su beneplácito. Hay una mención a la amistad con los argivos en Plutarco relativa a una polémica por la



compra de un carro: «[Diomedes] al enterarse de que había un carro que pertenecía al estado, como sabía que Alcibíades poseía una gran influencia en Argos, donde tenía muchos amigos» PLU, 12, 3. Pero la compra se efectuó de cara a los Juegos Olímpicos en los que tanta gloria cosechó Alcibíades por sus victorias, es decir en los Juegos del 416 a.c., y es bastante posterior a los hechos que estamos relatando. Por tanto no sabemos si ya existía una amistad previa entre los argivos y Alcibíades (lo cual es posible) o si nació como consecuencia de la alianza y del apoyo prestado por éste.

Destacar sus motivaciones: los celos (Tucídides) y la envidia (Plutarco) porque Nicias tenía el protagonismo y él había sido orillado de las negociaciones. Es la primera vez que aparece Alcibíades en Tucídides, Plutarco sin embargo ya nos había puesto en guardia previamente sobre el carácter de este joven: **1)** «(...) la pasión más fuerte de las muchas y violentas que la naturaleza había puesto en él era *la ambición y las ansias de ser el primero en todo*» PLU, 2, 1. **2)** «Sin embargo, fue *aprovechando su ambición y sus ansias de gloria* como los que lo echaban a perder lo metieron prematuramente en las grandes empresas, persuadiéndole de que en cuanto comenzara su actividad pública, no sólo borraría de inmediato a los restantes generales y jefes populares, sino que incluso superaría el poder y la fama de los que disfrutaba Pericles entre los griegos» PLU, 6, 4.

Nicias por su parte no solo era visto por sus conciudadanos como un benefactor de la ciudad que había conseguido la paz, sino que además era el principal político de la época; Pericles había muerto por la peste (429 a.c.) y Cleón en Anfípolis (422 a.c.). Su protagonismo se puede deducir fácilmente en Tucídides por su abundante aparición haciendo uso de la palabra. Plutarco directamente nos presenta el panorama político de la época: «Cuando [Alcibíades] se lanzó a la política, siendo todavía adolescente, no tardó en eclipsar a todos los jefes de los partidos, y sólo tuvo que competir con Féace, hijo de Erasítrato, y Nicias, hijo de Nicérato» PLU, 13, 1. A continuación añade



que Féace «era inferior a él [Alcibíades] en todo», por lo que en pocas palabras el rival a batir era Nicias y comprendemos mucho mejor los celos y el enfrentamiento con él.

A continuación vemos como continúa la trama en lo referente a la alianza con Argos, los espartiatas al mismo tiempo que los argivos envían una embajada a Atenas para evitar la ruptura de la paz y la firma de una alianza con sus enemigos:

«Más también comparecieron a toda prisa unos embajadores lacedemonios, cuyos componentes (Filócrates, León y Endio) eran personas gratas a los atenienses (...).

Al exponer todo esto delante del Consejo, afirmando que habían venido con plenos poderes para lograr un acuerdo sobre todos los puntos de desavenencia, infundieron en Alcibíades el temor de que si decían lo mismo ante la Asamblea del pueblo se atraerían a la mayoría, con lo que la alianza con Argos sería rechazada.

Entonces *Alcibíades maquinó la siguiente estratagema: dándoles su palabra, convenció a los lacedemonios de que si declaraban ante la Asamblea del pueblo que no habían venido con plenos poderes les devolverían Pilos (él mismo persuadiría a los atenienses a ello, al igual que ahora se oponía) y compondría todos los demás asuntos.*

Actuó así porque quería apartarlos de Nicias y porque al mismo tiempo buscaba (acusando a los lacedemonios ante el pueblo de que era gente nada sincera y que jamás decían dos veces lo mismo) la alianza con los argivos, eleos y manteneos. Y así ocurrió. En efecto *una vez que comparecieron ante la Asamblea del pueblo, afirmaron, al ser interrogados, que no habían acudido con plenos poderes (contrariamente a lo que se había dicho al Consejo). Entonces los atenienses se impacientaron y empezaron a prestar oídos a Alcibíades, que vociferaba contra los lacedemonios mucho más violentamente que antes, y se*



declararon dispuestos a hacer pasar al instante los argivos y sus acompañantes a la Asamblea, y concertar con ellos la alianza» TUC, V, 44-45.

«El consejo los recibió [a los embajadores lacedemonios], y al día siguiente el pueblo iba a celebrar una asamblea. Alcibíades, temeroso, consiguió que los embajadores se entrevistaran con él. Cuando estuvieron reunidos dijo: “¿Qué os ha sucedido, espartiatas? ¿Cómo no os habéis dado cuenta de que el consejo es siempre moderado y benévolo con las personas a quienes recibe, y la asamblea del pueblo tiene sentimientos altaneros y grandes pretensiones? Si decís que habéis venido con plenos poderes para negociar, os maltratará con sus imposiciones y violencias. Ea, pues abandonad esa ingenuidad. Si queréis que los atenienses os traten con moderación y no veros forzados a hacer concesiones contra vuestra voluntad, negociad sobre los acuerdos que os parecen justos, como si no dispusierais de plenos poderes. Yo haré a los lacedemonios el favor de colaborar con vosotros.” En confirmación de esta promesa les dio un juramento y así consiguió alejarlos de Nicias. Ellos depositaron en él toda su confianza y quedaron admirados de su habilidad e inteligencia, propias de un hombre excepcional.

Al día siguiente se reunió la asamblea popular, y comparecieron los embajadores. Y cuando Alcibíades les preguntó de la manera más cortés en qué condiciones habían venido, ellos respondieron que no traían plenos poderes. Al punto, Alcibíades comenzó a acosarlos con gritos llenos de cólera, como si fuera la víctima, no el autor, de una ofensa, tratándolos de desleales y tramposo» PLU, 14, 7-11.

El texto de Plutarco parece claramente una elaboración a partir del relato de Tucídides, con unas frases literales apócrifas para darle más atractivo y credibilidad. Plutarco justifica el texto de Tucídides de la única manera



plausible: si decían que venían con plenos poderes la asamblea intentaría presionarles para conseguir todo lo posible, en caso contrario sin embargo se moderaría y propondría algo razonable. Pese a todo la historia sigue siendo un poco fabulosa y es factible plantear que quizás Tucídides no estaba demasiado bien informado y se guió por rumores. El principal punto flaco de la argumentación es por qué los lacedemonios hicieron caso a Alcibíades, siendo como era precisamente el principal valedor de la alianza argiva. Puede que la explicación sea que no lo sabían y confiaron en su palabra gracias a su encanto, su antigua proxenia y los lazos que unían su familia con la de Endio («Alcibíades, que estaba ligado por tradición familiar mediante vínculos de hospitalidad con el éforo Endio» TUC, VIII, 6), uno de los embajadores, suponiendo que ambos Endio sean el mismo. Pero es difícil que conociendo la alianza, al fin y al cabo habían ido a evitarla, no conocieran a su patrocinador. Quién sabe, quizás sí lo sabían y pese a todo Alcibíades supo convencerles. No se puede negar que alguna capacidad especial debía tener, de otro modo no se explica cómo fue capaz de adaptarse en tantos lugares y seguir manteniendo su protagonismo y prestigio; aunque finalmente, tampoco hay que perderlo de vista, acabó perseguido por todos.

Fuera como fuera, este hecho constituyó el primer gran triunfo de este joven político y le permitió participar como estratego³ directamente en varias campañas y afianzar su posición en diversos territorios del Peloponeso.

³ LARA PEINADO, Federico, CABRERO PIQUERO, Javier, CORDENTE VAQUERO, Félix y PINO CANO, Juan Antonio: *Diccionario de instituciones de la antigüedad*, Cátedra, Madrid, 2009, s. v. estratego: «Término que designa al general en todas las *poleis* [ciudades] griegas. Normalmente se trata de un magistrado electo para el cargo, no un militar profesional, y su cometido se aplica por igual al ejército terrestre que a la flota. En Atenas son un cuerpo de diez, creado por la reforma de Clístenes, en función de las diez tribus, elegidos anualmente y bajo la teórica dirección del arconte polemenco, aunque en la práctica se turnan diariamente en el mando; así Milcíades era estratego en Maratón y planteó la batalla el día que le correspondía el mando. Posteriormente adquirirán también funciones políticas (ésta era la magistratura que, entre 454 y 430 a.C., desempeñó Pericles repetidamente, convirtiéndole en el indiscutible hombre fuerte de Atenas), desplazando incluso a magistraturas teóricamente superiores. Eran elegidos por la *ekklesia* [la asamblea], a mano alzada o por aclamación, y podían ser reelegidos indefinidamente. Además de la dirección del ejército, se encargaban de la leva y de imponer tributos para



En cuanto a la interpretación moral del episodio Tucídides no hace ninguna. Plutarco por contra en la comparación final con Coriolano: «Alcibíades un hombre sin escrúpulos en la política y falso, es algo que está fuera de toda duda. Pero por lo que sobre todo le acusan es por la malicia y el engaño con que embaucó a los embajadores lacedemonios para romper la paz, como Tucídides cuenta en su historia». A continuación: «Sin embargo, aun cuando esta política precipitó a la ciudad de nuevo en la guerra, hizo a Atenas más poderosa y temible gracias a la alianza con Mantinea y Argos, conseguida por mediación de Alcibíades». Después compara con Coriolano: «(...) pero el motivo por el que lo hizo hace su acción más ruin que la de Alcibíades. Pues no fue producto de la ambición ni de una lucha o una rivalidad política como aquél, sino por saciar su cólera» (PLU, 41(2), 1-5). En un principio critica a Alcibíades pero a continuación lo justifica en cierta manera con sus logros y denigrando a Coriolano en relación con él; ambigüedad que se repite continuamente y que como veremos no solo estaba en el sentimiento de estos autores sino en el corazón de todo el pueblo ateniense.

En estos años tiene lugar además la campaña y exterminio de los melios, de los que tan magistralmente se hace eco Tucídides en su famoso diálogo. Sin embargo en este punto se nota una diferencia importante entre Tucídides y Plutarco; ya que mientras este segundo le hace responsable de la matanza, el primero no lo menciona en absoluto. Plutarco para este pasaje se basó en fuentes alternativas a Tucídides.

«(...) y cuando se llevó a una cautiva melia [las mujeres y los niños a diferencia de los hombres habían sido hecho esclavos], estuvo viviendo con ella y crió al hijo que nació de esta unión. Pues también llamaban a esto sentimientos humanitarios; y eso que él fue el máximo

costearla, tenían funciones judiciales en el ámbito militar y podían solicitar a la pritanía la convocatoria de la *ekklesía* para cuestiones bélicas».



responsable de la matanza de los melios que estaban en edad militar, porque habló en favor de la aprobación del decreto» PLU, 16, 5-6.

En el relato de las operaciones en la isla de Tucídides tampoco aparece en ningún caso el nombre de Alcibíades:

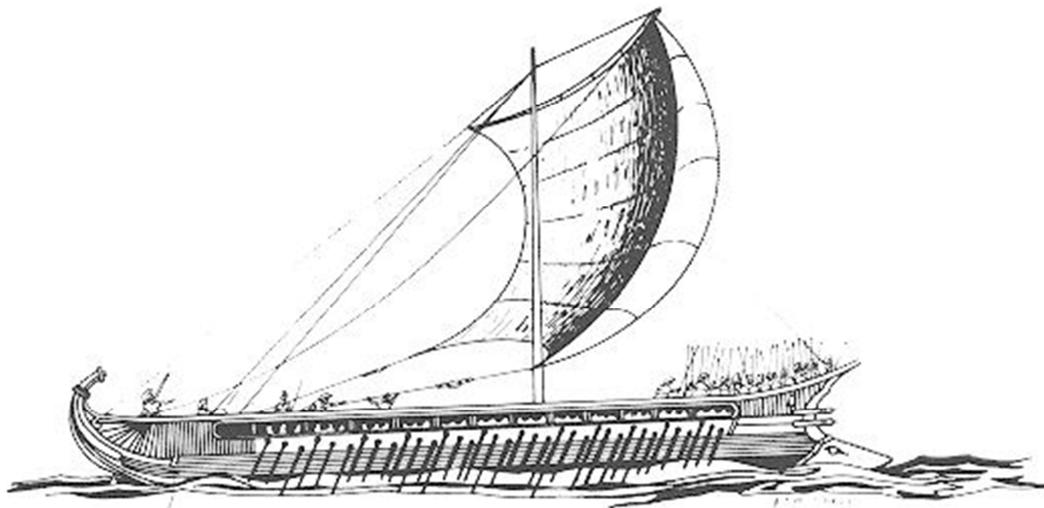
«Así pues, en cuanto acamparon en la isla [de Melos] con las fuerzas antes dichas los estrategos *Cleómedes, hijo de Nicomedes, y Tisias, hijo de Lisímaco*, y antes de provocar ningún daño en el territorio, enviaron unos embajadores para entablar negociaciones» TUC, V, 84.

«Pero más tarde, al venir desde Atenas en vista de esto un nuevo cuerpo expedicionario bajo las órdenes de *Filócrates, hijo de Demeas*, el asedio fue efectuado con mayor severidad. Al producirse una traición en el campo de los melios, capitularon ante los atenienses, quedando a su libre disposición» TUC, V, 116.

Y con el fin de los melios, reflejo del imperialismo y la denigración moral ateniense, concluye el libro V de Tucídides, en el año 416 a.c, el decimosexto de la guerra y aunque todavía los atenienses no lo saben, se acerca el año decisivo.



La gran empresa: la expedición a Sicilia



Greek trireme. Fuente: Wikimedia Commons.

«En el transcurso de este mismo invierno los atenienses tomaron la resolución de emprender una nueva expedición naval a Sicilia, con fuerzas superiores a las que habían ido con Laquete y Eurimedonte, con el propósito, si podían, de someterla. La mayor parte de ellos desconocían la extensión de la isla y que el número de sus habitantes era considerable, fueran griegos o bárbaros, así como que emprendían una guerra de importancia no inferior a la que estaban sosteniendo contra los peloponesios» TUC, VI, 1.

Los atenienses ya llevaban tiempo interviniendo en la política interna de la isla y barajando la posibilidad de anexión. El apoyo de Alcibíades será primordial para aprobar esta gran empresa, a continuación vemos el desarrollo de los hechos:

«Al comienzo de la primavera del siguiente verano los embajadores atenienses volvieron de Sicilia, acompañados de los de Egesta, que traían sesenta talentos de plata sin acuñar, que equivalían al sueldo de un mes de las sesenta naves cuyo envío se disponían a solicitar. Los atenienses convocaron la Asamblea y después de oír las seductoras –aunque falsas- afirmaciones de los embajadores de Egesta y



de los suyos propios (entre otras, que disponían en Egesta de muchas riquezas en los santuarios y en el tesoro público) decretaron enviar a Sicilia sesenta naves a las órdenes de Alcibíades, hijo de Clinias; Nicias, hijo de Nicérato, y Lámaco, hijo de Jenófanes» TUC, VI, 8.

Atenas ha enviado unos embajadores a Egesta, a su regreso, la asamblea engatusada con promesas, aprueba la organización de una gran expedición hacia la isla. Cuatro días después en una nueva asamblea para decidir los medios necesarios para la campaña, Nicias, que piensa que es un error, toma la palabra y habla en contra del proyecto (comienza la famosa triada de discursos Nicias-Alcibíades-Nicias).

«La convocatoria de esta Asamblea tiene por objeto discutir sobre los preparativos necesarios para la expedición a Sicilia. Sin embargo, a mí me parece que aún debemos considerar antes este mismo asunto (...). *Y que conste que una empresa como ésta me reporta a mí honores, y tengo menos que temer por mi vida que muchos otros. Por otra parte, pienso que no deja de ser un buen ciudadano aquél que se preocupa un poco de su vida y de sus bienes, ya que un hombre así, por su propio interés, será el que mayor interés tenga en que los asuntos de la ciudad prosperen. Sin embargo, al igual que hasta el momento presente jamás he hablado contra mis convicciones por conseguir honores, tampoco ahora diré nada distinto de lo que yo reconozca que es lo mejor (...).*

Afirmo en efecto, que vosotros, dejando aquí muchos enemigos, vais a buscaros deseosos otros nuevos yendo en expedición allá. Tal vez creáis que los tratados que habéis pactado ofrecen seguridad: mientras no emprendáis ninguna iniciativa, dichos tratados mantendrán una existencia nominal (*pues es ésta la situación a la que nos han conducido ciertas personas, tanto de nuestro bando como del enemigo*), pero tan pronto como un contingente militar nuestro de cierta importancia sufra cualquier contratiempo, los enemigos nos atacarán de inmediato: porque,



para empezar, ellos firmaron la paz por necesidad, como consecuencia de una serie de contratiempos y en condiciones más humillantes que las nuestras, y en segundo lugar, en ese mismo acuerdo mantenemos muchos punto de litigio. Además, entre los enemigos hay algunos pueblos –y no se trata precisamente de los menos fuertes- que aún no han aceptado este acuerdo. Unos están en guerra abierta contra nosotros, mientras que otros se mantienen refrenados por unas treguas renovables cada diez días sólo por el hecho de que los lacedemonios aún se mantienen en calma.

Pero lo más probable es que, si encuentran nuestras fuerzas divididas en dos partes –que es lo que ahora estamos propiciando-, podrían atacarnos en unión de los sicilianos, una alianza que desde antiguo hubieran preferido antes que la de muchos otros pueblos. En consecuencia, debemos tener presentes estas circunstancias y no asumir la responsabilidad de exponer a un peligro a la ciudad, cuando ésta aún se halla en alta mar, ni ambicionar otro imperio antes de haber consolidado el que tenemos, si es verdad que los calcídeos de Tracia, que hace tanto tiempo que se nos sublevaron, aún continúan sin someterse, y si otros pueblos de diversos lugares de costa sólo nos obedecen renegando. En cambio, nos disponemos a acudir con gran entusiasmo en socorro de los egestenses, unos aliados nuestros que dicen haber sido víctimas de algún enorme agravio, y dudamos todavía en tomar medidas contra aquellos otros pueblos que, sublevados desde hace tiempo, nos han inferido agravios directamente a nosotros (...).

La mejor manera de infundir respeto a los griegos de aquella zona es abstenernos de ir allí, y en segundo término, contentándonos con hacer una rápida demostración de nuestras fuerzas y retirarnos (todos sabemos que nada se admira más que aquello que está lejos y menos se presta a someter a prueba su reputación). En cambio si sufriéramos algún contratiempo, rápidamente nos despreciarían y nos despreciarían uniendo sus fuerzas a los de aquí (...).



Pero si hay alguien que, ufano de haber sido elegido como comandante, os aconseja emprender la expedición –teniendo presente sólo su interés personal, aparte de que es en exceso joven para ejercer este mando- a fin de que los demás lo admiren por dedicarse a la cría de caballos y por obtener del mando algún provecho con que subvenir sus generosos dispendios; a ese tal no le brindéis la oportunidad de brillar personalmente exponiendo al peligro la ciudad; por el contrario, pensad que esa clase de individuos atentan contra el bien común y malgastan su propio patrimonio. El asunto es demasiado serio y nada apropiado para que los jóvenes deliberen sobre él y lo tomen a la ligera en sus manos. A tales jóvenes, a quienes ahora veo aquí sentados apoyando a su compañero, les tengo pánico. Y por mi parte apelo a los de más edad (si alguno de aquéllos está sentado junto a él) a que no se avergüencen ni piensen que van a pasar por cobardes si no votan la guerra, y a que no se dejen atraer (tentación a la que podrían verse inclinados) por el funesto deseo de las cosas lejanas, en cuanto saben perfectamente que son rarísimos los éxitos que se logran mediante la codicia y en cambio muchos más mediante la prudencia (...).

Y tú, prítano, si crees que tu obligación es preocuparte de los asuntos de la ciudad y quieres ser un buen ciudadano, convoca de nuevo a los atenienses y somete a votación esta propuesta. Si tienes miedo a proponer que se vuelva a votar sobre un mismo asunto, piensa que violar la ley en presencia de tantos testigos no puede significar culpa alguna; antes al contrario, la ciudad que ha tomado una decisión equivocada encontrará en ti un médico para sus males; y que lo propio de un buen magistrado es prestar los mejores servicios a la patria, o al menos, procurar no perjudicarla voluntariamente» TUC, VI, 9-14.

El acto de Nicias no es reglamentario, no se puede debatir sobre algo que no está en el orden del día, lo admite al comenzar el discurso y por ello



ruega al prítano⁴ al finalizar que para hacer un bien a la ciudad lo someta pese a todo a votación. Junto al alegato político-militar, los motivos estratégicos por los que no cree razonable la campaña, lanza un ataque personal (nada raro en el mundo de la política) contra el máximo interesado y el promotor de la propuesta, el propio Alcibíades. En Plutarco:

«(...) fue Alcibíades, que persuadió al pueblo infundiéndole grandes esperanzas y que tenía para sí mismo mayores aspiraciones todavía. Pues concebía la expedición de Sicilia, no un fin en sí mismo, como los demás, sino un comienzo para alcanzar sus esperanzas. Nicias, sin embargo, trataba de disuadir al pueblo, porque estimaba que la conquista de Siracusa sería una labor ardua (...). En el curso de la deliberación sobre el número y la naturaleza de los preparativos, Nicias de nuevo trató de oponerse y evitar la guerra. Pero Alcibíades replicó y su criterio prevaleció» PLU, 17, 2-3 y 18, 2-3.

Plutarco ya nos ha mostrado previamente al personaje y ahora solo ofrece un breve resumen de los discursos. En cambio Tucídides a través de estos discursos nos introduce progresivamente el carácter del joven Alcibíades y la imagen que de él tienen sus conciudadanos. Cuestión importante para entender el desarrollo de los acontecimientos.

Nicias se muestra como defensor de los intereses de la ciudad, pese a los honores que le puede reputar la campaña prefiere aconsejar lo mejor para la comunidad. Frente a él presenta a un Alcibíades que solo busca su interés personal aún a costa de la polis. Una persona despilfarradora que busca en el

⁴ LARA PEINADO, Federico, CABRERO PIQUERO, Javier, CORDENTE VAQUERO, Félix y PINO CANO, Juan Antonio: op. cit., s.v. prítano: «Magistratura, suprema en muchas ciudades, que procede de la herencia de la realeza. (...) En Atenas designaba a los 50 miembros de la tribu que ejercía la presidencia de la *boulé* [el consejo] durante 36 días, eligiendo cada día a uno de ellos, el epístates, para la presidencia, es decir, la jefatura del estado (depositario de los sellos, archivos y llave del tesoro público). Los pritanos preparaban y dirigían las reuniones de la *boulé* y también de la *ekklesía*, y comían todos juntos en el prítaneo a cargo del erario».



mando una forma que cubrir sus abundantes gastos. Por otro lado en el alegato militar lo acusa soterradamente de la inestabilidad existente; la alianza con Argos y las campañas en el Peloponeso habían deteriorado enormemente la precaria paz con Esparta. Además hace referencia a unos «jóvenes sentados apoyando a su compañero», que podría estar haciendo referencia no solo a las personas de su edad, sino además a su propia camarilla de amigos y admiradores que le seguían a todos lados.

Hace un intermedio y habla el propio autor:

«Quien con mayor ardor inducía a emprender la expedición era Alcibíades, hijo de Clinias. Deseaba oponerse a Nicias no sólo porque en general era su adversario político, sino por el hecho de que Nicias le había lanzado algunas alusiones calumniosas; pero sobre todo era porque *estaba deseoso de ejercer el mando, del que esperaba poder conquistar Sicilia y Cartago, y que al tener éxito en estas empresas conseguiría ventajas personales, tanto en dinero como en reputación...*»

Reaparece la ambición como motor de sus actos. Prosigue:

“... Efectivamente, *gozaba de la estima de sus conciudadanos y se dejaba arrastrar por caprichos superiores a las posibilidades de su hacienda*, tanto en lo referente a la cría de caballos como en otros gastos. *Todo esto contribuyó luego, en no pequeña medida, a arruinar la ciudad de Atenas*. En efecto, la mayoría de los ciudadanos inquietos ante el *extremo desorden de su modo de vivir y ante la grandeza de los proyectos* que ponía de manifiesto en las empresas de que de vez en cuando se encargaba, *se enemistaron con él convencidos de que aspiraba a la tiranía*. *En el desempeño de sus obligaciones públicas había tomado las más acertadas decisiones* en lo relativo a la guerra, pero su vida privada disgustaba a todos, por lo que *pusieron la dirección de las*



operaciones en manos de otros y no tardaron mucho en provocar la ruina de la ciudad» TUC, VI, 15.

Pese a todo es problemático discernir la opinión de Tucídides sobre Alcibíades. Nos narra el desorden de su vida y sus ambiciones y como «contribuyó, en no pequeña medida, a arruinar la ciudad», pero después afirma como desempeñó sus funciones de la mejor manera posible y como cuando sus conciudadanos se enemistaron y «pusieron la dirección de las operaciones en manos de otros (...) no tardaron mucho en provocar la ruina de la ciudad». Parece como si acusase a Alcibíades de su vida desordenada pero que realmente fueran sus propios conciudadanos los culpables de la ruina de Atenas. Asimismo, no hay ninguna acusación directa contra Alcibíades por su posterior colaboración con los espartanos.

A continuación Alcibíades se defiende:

«Me corresponde sin duda a mí más que a ningún otro, atenienses, ejercer el mando (pues no hay más remedio que empezar por aquí, ya que Nicias me ha atacado) y estimo además que soy digno de él. *Porque los actos que me recrimina el vulgo procuran honores a mis antepasados y a mí mismo, y a nuestra patria, además, gran provecho.* En efecto, los griegos, que creían que nuestra ciudad estaba exhausta a consecuencia de la guerra, se han formado de nuestra ciudad una idea que es mayor que la realidad, gracias al esplendor de mi participación en las fiestas de Olimpia, al hacer que compitieran siete carros –un número nunca alcanzado por ningún ciudadano particular antes que yo-, donde fui vencedor, quedé segundo y cuarto y dispuse todos los demás preparativos en forma digna de tal victoria. Todo lo cual constituye de por sí habitualmente motivo de honor, pero es que con tales acciones se deja entrever además un poderío efectivo. Por otra parte, el hecho de ser famoso en la ciudad a causa de las corregías y por otras razones puede



despertar la natural envidia de otros conciudadanos, pero cara a los extranjeros ello supone una demostración de poderío. Por tanto, *no se trata de una locura inútil la de quién, a sus propias expensas, no sólo se beneficia a sí mismo, sino también a su ciudad.* Por otra parte, *no hay nada de malo, cuando uno tiene un alto concepto de sí mismo, en no situarse en un plano de igualdad con los demás,* si es verdad que quién se encuentra afligido por un infortunio no halla a nadie con quien compartir su desgracia. Antes bien, al igual que nadie nos dirige la palabra cuando caemos en desgracia, se debe tolerar que nos miren por encima del hombro aquéllos que tienen éxito. O en otro caso, sólo después de haber tratado a todos de la misma forma puede pretenderse recibir un trato análogo. Yo sé que tales personas, y a todos los que han brillado en cualquier actividad, han resultado molestos durante su vida, primero a sus iguales, y secundariamente, a aquellos otros con quienes trataron. Son gentes que dejan para algunos la pretensión de ser parientes suyos (aunque no lo hayan sido), *y su patria, lejos de renegar de ellos como si fueran extranjeros o gente errada, se siente orgullosa de reivindicarlos como hijos propios y autores de bellas gestas. A esto es a lo que yo aspiro,* y es ello lo que provoca que se hable tanto de mi vida privada; pero *vosotros considerad si dirijo los asuntos públicos peor que algún otro (...)*

Fue mi juventud, y lo que llaman extravagante locura mía, las que negociaron mediante discursos muy oportunos con aquellas potencias del Peloponeso y las convencieron gracias al entusiasmo de mi carácter. Por tanto no tengáis ahora miedo de ella, sino que mientras aún me hallo en pleno esplendor juvenil y Nicias parece ser el favorito de la fortuna, aprovechad las ventajas que tanto uno como otro podemos brindaros. Y en cuanto a la expedición a Sicilia no os arrepintáis (...).

De modo que ¿qué pretexto razonable podríamos aducir para demorarnos o para no acudir en ayuda de nuestros aliados? Debemos



ayudarlos, ya que estamos *obligados a ello por juramento*» TUC, VI, 16-18.

Alcibíades sorprendentemente no niega las acusaciones personales ni se muestra humilde, no solo eso sino que además defiende los defectos de los que se le acusan. Sí, ambiciona el prestigio, pero qué tiene de malo cuando con ello gana también la ciudad. Él es mejor que el resto y por tanto puede comportarse de manera especial «no hay nada de malo, cuando uno tiene un alto concepto de sí mismo, en no situarse en un plano de igualdad con los demás». Entiende que la gente le envidie y afirma que todos aquellos que han sido considerados grandes hombres por su ciudad también fueron gente molesta en su época, él también aspira a ser recordado para la posteridad. Además afirma «vosotros considerad si dirijo los asuntos públicos peor que algún otro». A esto continúa todo un despliegue de oratoria defendiendo su campaña en términos militares y haciendo uso de todo tipo de razonamientos y argumentos ideológicos; que la ciudad debe estar siempre activa para que no decaiga, la obligación de respetar el juramento hecho a sus aliados sicilianos (toda una ironía dicho por Alcibíades)... Verdaderamente Tucídides pone en su boca una contestación osada, soberbia; demasiado para un sistema como el ateniense. Alcibíades no pretendía convertirse en un tirano, al menos nunca lo demostró; sin embargo comprendemos que su actitud llegase a levantar sospechas. Es llamativo como Alcibíades no devuelve a Nicias el ataque personal, no intenta descalificarlo, indicativo quizás de la enorme respetabilidad que debía de ostentar este líder y que lo haría intocable en este sentido.

Plutarco nos ejemplifica los enormes contrastes (sus extraordinarias cualidades naturales contra su vida desordenada e inmoral) de Alcibíades y como estos dividían a la sociedad y eran en un principio tolerados, aunque no sin dejar de producir habladurías. Alcibíades producía tanto admiración como miedo e indignación.



«Con una actividad política y oratoria de esta clase y con tal amplitud de miras y habilidad contrastaban el profundo relajamiento de sus costumbres, sus excesos en la bebida y sus desvaríos amorosos, el afeminamiento de sus vestidos, teñidos de púrpura, que dejaba que le arrastrasen por el ágora y la suntuosidad de sus despilfarros (...). Las personas más notables, al ver todos estos desatinos, al tiempo que se llenaban de aborrecimiento e indignación, *temían su insolencia y desprecio por la ley como una ambición tiránica e insólita* (...).

“Lo ansían, abominan de él, pero quieren tenerlo” (...).

Las contribuciones voluntarias, las coregias, las prodigalidades no carentes de exceso otorgadas a la ciudad, la gloria de sus antepasados, el talento en el uso de la palabra, la hermosura de su cuerpo y la fuerza en la guerra, acompañada de experiencia y valentía, hacían que los atenienses transigieran con todo lo demás y *lo toleraran sin grandes dificultades, dando siempre los nombres más suaves a sus fechorías*, que llamaban chiquillerías y afán de notoriedad (...).

Tan dividida estaba la opinión que todos tenían sobre Alcibíades, a causa de los contrastes de su naturaleza» PLU, 16, 1-9.

El relato de Tucídides concluye; Nicias como último recurso intenta atemorizar a la asamblea con la gran cantidad de preparativos y recursos que serían necesarios para la campaña, pero lo único que consigue es aumentar el tamaño de la expedición. Finalmente, contra sus deseos, se ve obligado a comandar la expedición junto a Alcibíades y Lámaco. Éste es el panorama y la opinión pública en vísperas del suceso de los hermes.

El sacrilegio de los hermes

«Por entonces ocurrió que los hermes de piedra que había en la ciudad de Atenas (...) aparecieron en su mayoría con la cabeza mutilada una noche. Nadie supo quienes fueron los autores, a los que se buscó con promesas de una gran recompensa a cargo de los fondos públicos y se



dictó un decreto por el que si alguien conocía algún otro acto de impiedad, que lo denunciara libremente, bajo garantía de impunidad, tanto si se trataba de un ciudadano como de un extranjero como de un esclavo.

Concedieron a este asunto la mayor importancia, *porque se interpretó como un presagio [malo se entiende] para la expedición y al mismo tiempo como una conjura urdida con fines revolucionarios para acabar con la democracia»* TUC, VI, 27.

«Cuando se aprobó el decreto por votación del pueblo y todo estaba dispuesto para la partida de la flota, aparecieron malos presagios incluso en la fiesta que se celebraba entonces (...). Sin embargo, fue la mutilación de los hermes, cuando en una sola noche fueron destrozadas las cabezas de la mayoría de ellos, lo que conmocionó a muchas personas e incluso a quienes desdeñaban la importancia de estas cosas. Se dijo que los autores podrían haber sido los corintios, que, por ser Siracusa una colonia de Corinto, lo habrían hecho para que se produjera un retraso ante el presagio o incluso un cambio en su resolución de emprender la guerra. No obstante, no ganó el crédito de la mayoría ni este rumor ni las explicaciones de quienes creían que nada de lo sucedido era una señal desfavorable, sino el simple y normal resultado del libertinaje de unos jóvenes que se habían dejado llevar a cometer este sacrilegio por pura diversión. Por el contrario, *la multitud, presa de ira y temor porque consideraba lo sucedido como indicio de una audaz conjuración que pretendía fines aún mayores, fue investigando sin piedad todo lo que despertaba sospecha»* PLU, 18, 4-8.

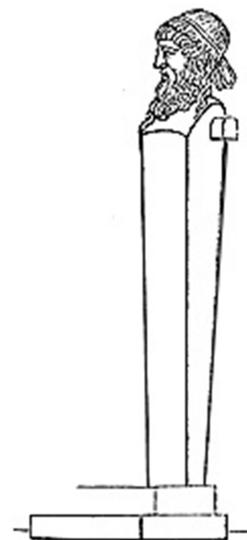


Illustration of a Greek herma.
Fuente:
Wikimedia
Commons.



Ambos autores nos relatan el suceso y la reacción de los atenienses. En vísperas de la partida el acto no fue entendido únicamente como un funesto presagio, además la multitud consideraba el sacrilegio como el punto de partida de algún movimiento que tuviera como objetivo derrocar el régimen democrático. La gravedad del hecho era tal que la mayoría de gente lo entendió más allá de la simple gamberrada de borrachos. Hacía largo tiempo que el exilio de Hipias había puesto fin a la tiranía, sin embargo el recuerdo y el miedo a ella aún seguían vivos en la conciencia del pueblo ateniense. Entendemos como Alcibíades -con sus dotes, ambiciones, desprecio por la ley e insolencias- se convirtió en sospechoso inmediato, encontrando sus enemigos las condiciones propicias para atacarlo a fondo. No obstante, en realidad, Alcibíades era el menos interesado posible en un escándalo religioso en vísperas de la salida de su propia expedición y por lo tanto es bastante improbable que hubiera realizado o colaborado en los hechos.

«Por parte de unos metecos⁵ y de unos esclavos se efectuó una denuncia según la cual y aunque no afectaba a la cuestión de los hermes, se tuvo noticias de que había habido con anterioridad otras mutilaciones de estatuas divinas a cargo de ciertos jóvenes, entre bromas y copas, así como que en algunos domicilios particulares se parodiaban las celebraciones mistericas de modo ultrajante. Estas inculpaciones alcanzaban también a Alcibíades. *Sus enemigos políticos les prestaron fácil oído, ya que éste era un obstáculo para que ellos pudieran acaudillar al pueblo con total libertad.* Calcularon que si conseguían desterrarlo serían los más influyentes de la ciudad, *exageraron el asunto y difundieron la noticia de que tanto la parodia de los misterios como la mutilación de los hermes iban encaminadas a acabar con la democracia,* y que nada de ello se había llevado a cabo sin el concurso de aquél;

⁵ Los metecos eran extranjeros residentes en la ciudad. Su estatuto era inferior al de un ciudadano y pagaban un impuesto especial.



aducían como prueba adicional su habitual desprecio por la ley, indicio de un comportamiento no democrático» TUC, VI, 28.

«En esto, *Andrócles*, un jefe del partido popular [los demócratas radicales], presentó como testigos a unos esclavos y metecos, que acusaron a Alcibíades y a sus amigos de haber mutilado las estatuas y haber parodiado los misterios en plena borrachera» PLU, 19, 1.

En este ambiente tan caldeado unos testigos presentaron una denuncia contra Alcibíades, por profanar los misterios y por la mutilación de los hermes (Plutarco) o simplemente por «otras mutilaciones» refiriéndose a otros sacrilegios y no a ese en particular (Tucídides). En ambos casos el modo en que los autores plantean la acusación la hace sospechosa de entrada. En el caso de Plutarco es Andrócles, con toda seguridad un rival político, quien presenta los testigos. En Tucídides sus enemigos «prestan oído fácil», no se preocupan por la veracidad o gravedad real de las acusaciones, y aprovechan para exagerar el asunto: «la parodia de los misterios como la mutilación de los hermes iban encaminadas a acabar con la democracia». Tucídides nos dice que quieren desterrarlo para poder acaudillar al demos, al pueblo, por ello la acusación de la profanación de los misterios es hinchada desde un principio para hacerla parecer parte de una trama encaminada a dar un golpe de estado.

Es oportuno volver a recordar uno de los primeros párrafos mencionados:

«Por el contrario, sus sucesores eran todos ellos de una similar influencia entre sí, y como cada uno pretendía llegar a ser el primero, se dedicaron a sacrificar todos los asuntos a la adulación del pueblo.

De esta manera de proceder se originaron otros muchos errores (...), como fue sobre todo la expedición a Sicilia que no resultó tanto un error de cálculo respecto del poder de aquellos contra quienes iban,



cuanto que quienes la promovieron no acordaron las medidas que mejor convenían a los que partieron, *sino que por las recriminaciones que los particulares se hacían con vista a obtener el liderazgo del pueblo no sólo debilitaron la fuerza del ejército, sino que por primera vez provocaron disturbios en los asuntos públicos de la ciudad*» TUC, II, 65.

La continuación de la historia nos la relata tanto Tucídides como Plutarco. Sus enemigos, temerosos de los apoyos de Alcibíades entre los expedicionarios, proponen posponer el juicio para el regreso de la expedición. Sirviéndose para ello de «los oradores que pasaban por no estar enemistados con Alcibíades, aunque *lo odiaban no menos* que quienes lo reconocían» (PLU, 19, 5). Alcibíades tal y como nos dice Plutarco «no dejó de advertir (...) *la perfidia* de este aplazamiento» (PLU, 19, 7) y exige ser juzgado antes de partir para evitar las calumnias en su ausencia. Destacar los términos peyorativos que Plutarco utiliza para describir el complot. No lo consigue y el juicio es aplazado hasta su vuelta, aunque Tucídides nos pone ya sobre aviso de la verdadera intención de sus enemigos: «Deseaban, en efecto, que se sometiera a acusaciones más graves (que podrían tramarse mejor estando él ausente) *cuando se le hiciera venir, reclamado para ello*» (TUC, VI, 29). No pretendían esperar a que completara la campaña, lo único que querían es que se marchasen sus apoyos.

«Los atenienses, en efecto, *una vez que la expedición hubo partido, prosiguieron con no menor celo la investigación relativa a los misterios y los hermes. Y sin someter a verificación a los delatores, sino prestando oídos a todo de modo muy suspicaz, arrestaban y mandaban a la cárcel, bajo la simple palabra de hombres de pocos escrúpulos, a ciudadanos absolutamente respetables*, pues estimaban que era más útil indagar a fondo el asunto y descubrirlo que permitir que se sustrajera a la investigación, por mor de la *vileza del delator*, cualquier ciudadano, por



muy buena reputación que tuviera, si había sido objeto de denuncia» TUC, VI, 53.

«Pero más tarde, aprovechando su ausencia, sus enemigos emprendieron contra él un violento ataque, y *enlazando con los ultrajes de los hermes la profanación de los misterios*, como si ambas acciones fueran obra de una única conjura revolucionaria, *fueron metiendo en la cárcel sin juicio a los acusados de cualquier clase de complicidad* y sentían rabia de no haber cogido antes a Alcibíades con los votos de la asamblea y no haberle juzgado por tan graves cargos. *Como resultado de la ira que sentían contra él, todos sus parientes, amigos y familiares que cayeron en sus manos fueron tratados con extrema severidad*. En cuanto a los delatores, Tucídides ha omitido sus nombres, pero otros mencionan a Dioclides y a Teucro, y entre ellos se encuentra el poeta cómico Frínico, autor de los siguientes versos:

“Querido Hermes, ten cuidado, no sea que al caerte
te tuerzas un pie y *des un pretexto de calumnia*
a otro *Dioclides* que intente perjudicarte.

-Tendré cuidado; que a *Teucro* tampoco quiero
que le recompensen por la delación, a ese *malvado extranjero*”»

PLU, 20, 5-7.

Y tras su partida comenzó una verdadera campaña de persecución y delación en la que todo valía. La escasa calidad de los testigos («hombres de pocos escrúpulos») no importaba y por sus denuncias eran arrestados sin pruebas todo tipo de personas respetables. Los versos del poeta Frínico hablan por sí solos. Además, tal y como nos dice Plutarco, rabiosos «de no haber cogido antes a Alcibíades» descargaban su ira sobre sus parientes, familiares y amigos. Lo que sin lugar a dudas constituyó una primera llamada de atención para Alcibíades sobre lo que podría encontrarse en caso de volver.



La falta de responsabilidad y sentido común a la que había llegado el pueblo ateniense, guiado por sus temores y emociones, la ilustra muy bien el siguiente pasaje de Plutarco.

«Uno de ellos, cuando le preguntaron cómo reconoció las caras de los que mutilaron los hermes, respondió que a la luz de la luna. Pero era completamente falso, porque el delito tuvo lugar (...) en la luna nueva. La manifiesta mentira provocó el abucheo entre las personas sensatas, pero al pueblo ni siquiera esto le hizo actuar con mayor blandura ante las calumnias, pues siguió con la misma excitación que al principio y no dejó de llevar y encerrar en la cárcel al que alguno denunciara» PLU, 20, 8.

En este contexto, Andócides, persuadido por un compañero de celda, confesó («fuera o no verdadera [la confesión]» TUC, VI, 60). Inculpándose a sí mismo y otros del asunto de los hermes para conseguir con ello la inmunidad que se ofrecía a quienes daban información.

«(...) obtuvo la inmunidad según los términos del decreto; pero *todos los que nombró murieron, excepto los que habían huido (...)*. Pero *ni siquiera entonces el pueblo depuso toda su irritación; por el contrario como si, una vez liberado de los mutiladores de los hermes, su cólera estuviera ociosa, se desbordó entera contra Alcibíades* y terminó por despachar la nave Salamina en su busca» PLU, 21, 6-7.

«(...) celebraron un proceso contra los inculpados *ejecutaron a cuantos lograron detener, condenaron a muerte a cuantos se dieron a la fuga (...)*. *No quedó claro si los que sufrieron tal suerte fueron castigados de modo injusto*; sin embargo el resto de la ciudad salió de momento claramente favorecida.

En cuanto a Alcibíades, instigados los atenienses por aquellos enemigos que ya le habían atacado incluso antes de emprender la



expedición, se mostraban muy irritados con él. *Una vez que creyeron haber conocido la verdad a propósito del asunto de los hermes, se reafirmaron más y más en su opinión de que la profanación de los misterios, de la que también se le acusaba, había sido obra suya, con idéntica intención, a saber, atentar contra la democracia (...).* Por doquier se cernían sospechas sobre Alcibíades, de modo que *deseando someterlo a juicio y darle muerte*, despacharon a Sicilia la nave Salamina a que fuera por él y por los otros que habían sido denunciados» TUC, VI, 60-61.

Los acusados por Andócides fueron procesados y ejecutados, otra nueva advertencia para Alcibíades en caso de que llegase a sus oídos de lo que podía esperar de su juicio. Además, tal y como señala Tucídides, «no quedó claro si los que sufrieron tal suerte fueron castigados de modo injusto». El asunto de los hermes fue el detonante de la sospechas contra Alcibíades, ahora una vez solucionado, no solo no depusieron su campaña contra él sino que, motivados por la cólera y la ira, se reafirmaron en que pretendía atentar contra la democracia y que la prueba era la profanación de los misterios.

Ambos autores nos han mostrado como desde el principio hasta el fin el proceso estaba viciado por el odio y las intrigas políticas: las delaciones, las muertes de personas inocentes y respetables, el encarcelamiento de familiares y amigos de Alcibíades... Tucídides afirma directamente como el objetivo de hacerle volver era darle muerte. A estas alturas podríamos decir que la profanación en sí había pasado a un segundo plano, no era ya más que una justificación, un motivo para poder acabar con él. Alcibíades vio el panorama que le esperaba y prefirió marchar al exilio.

Inmediatamente «los atenienses lo condenaron a muerte en rebeldía, tanto a él como a sus compañeros» (TUC, VI, 61), pero como Plutarco escribe,



Alcibíades les iba a demostrar muy pronto lo vivo que estaba («Pues yo les voy a probar que estoy vivo» PLU, 22, 3).

El exilio: Alcibíades el traidor

Alcibíades recala según Tucídides en Cilene, en la Élida, o según Plutarco en Argos para desde allí, en vista de su condena a muerte, pasar a Esparta, el máximo enemigo de Atenas. Tanto en la Élida como en Argos Alcibíades tenía lazos de amistad (había combatido junto a ellos en el Peloponeso), pero al mismo tiempo al ser aliadas de Atenas no ofrecían seguridad. Es el comienzo de la traición de Alcibíades.

Una vez en Esparta, Alcibíades no se limita a un destierro tranquilo y pacífico, tan poco a juego con su carácter. Así, en el relato de Tucídides, con motivo de una embajada de Corinto y Siracusa en petición de ayuda, Alcibíades toma la palabra:

«Necesario es antes de nada que os hable acerca de las imputaciones que se me hacen, a fin de evitar que, por prevenciones contra mí, prestéis poca atención a lo que en común nos interesa. Mientras que *mis antepasados renunciaron a vuestra proxenia por cierta causa, yo me he esforzado personalmente en recuperarla preocupándome de vuestros asuntos*, señaladamente en ocasión de la desgracia de Pilos. *A pesar de que yo continuaba en buena disposición, vosotros habéis llegado a un pacto con los atenienses, habéis conferido gran poder a mis enemigos al conducir la negociación a través de ellos y me habéis infligido una gran humillación.*

Por esta razón habéis merecido con toda justicia los contratiempos que os ocasioné cuando me pasé a los manteneos y los argivos, y en cuantas otras ocasiones me opuse a vosotros. De modo que ahora, si alguien se enojó entonces indebidamente al tenerlo que



soportar, analice la cuestión a la luz de la verdad y modifique su opinión...».

En primer lugar justifica sus anteriores acciones contra ellos, en particular el engaño de los embajadores y la firma de la alianza con Argos. De nuevo aparece el tema de la proxenia, de la que se sirve para argumentar que la paz tendría que haber sido negociada a través de él y no de sus enemigos (Nicias). Asimismo, como ya hemos visto, lazos familiares unirían a Alcibíades con el éforo Endio. Puede que su antigua proxenia unida a estos lazos ayudasen a que su acogida fuese favorable; todo pese al anterior engaño durante su embajada en Atenas.

«...Y si alguien tenía una mala imagen de mí por el hecho de ser yo adicto a la democracia, verá que ni siquiera por ese motivo es justo que me odie. En efecto, nosotros siempre nos hemos opuesto a la tiranía (y todos los que se oponen al poder despótico reciben el nombre de demócratas) y de ahí se deriva el que ejerzamos la presidencia del partido popular. Al mismo tiempo, como la ciudad se gobernaba según el régimen democrático, no teníamos más remedio que adecuarnos en general a las condiciones existentes. Sin embargo, nos hemos esforzado por observar en política un comportamiento más moderado, dada la situación de libertinaje. *Mas había otros hombres que, tanto en el pasado como en nuestros días, inducían a la multitud a los objetivos más indeseables: son precisamente esos tales los que me desterraron. En cambio nosotros estuvimos al frente de la ciudad en su conjunto, y estimamos justo contribuir a conservar la forma de gobierno en que la ciudad había logrado su mayor grandeza y su máxima libertad según la habíamos heredado.* En cuanto a la democracia, todos los que somos personas sensatas sabemos lo que vale, y yo mismo (mejor que ningún otro) podría denigrarla, en cuanto que he recibido de ella el peor trato. Pero nada nuevo podría decir sobre lo que todo el mundo reconoce que es una



insensatez. En cambio, nos parecía empresa algo arriesgada fomentar el cambio político, estando vosotros, enemigos nuestros, a nuestras mismas puertas» TUC, VI, 89.

En un alarde de oratoria para hacer más creíbles sus próximos consejos se esculpa también de cualquier sospecha política y denigra el régimen de Atenas. Destacar en el texto: «Mas había otros hombres que, tanto en el pasado como en nuestros días, inducían a la multitud a los objetivos más indeseables: son precisamente esos tales los que me desterraron». Frente a éstos; «en cambio nosotros estuvimos al frente de la ciudad en su conjunto». Parece como si con ello quisiera expresar que él y su familia no solo velaron por sus propios intereses, como aquellos otros hombres, sino también por los de toda la ciudad en conjunto. Todo esto recuerda a anteriores razonamientos de Tucídides acerca de ambiciones particulares e intereses privados como causa de la ruina de la ciudad. En lo político, este párrafo ni mucho menos prueba que Alcibíades hubiera sido o fuera un oligarca, simplemente se estaba adaptando al terreno, ya que el régimen espartano era una oligarquía. Esta cualidad de Alcibíades nos la ilustra en detalle, al ser su obra biográfica, Plutarco:

«Si por su actuación política era estimado y admirado, todavía más atraía al pueblo y lo hechizaba con su vida privada, viviendo entonces a la moda espartana (...). En efecto, esa facultad era, según afirman, única entre las muchas que poseía, y un artificio para cazar a los hombres su habilidad para asemejarse e identificarse con distintas costumbres y géneros de vida, porque sufría transformaciones más rápidas que el camaleón (...), *no había nada a lo que no pudiera imitar ni amoldarse*: en Esparta se entregaba a los ejercicios gimnásticos y era sobrio y severo; en Jonia vivía con molicie y era voluptuoso e indolente; en Tracia se hacía borracho y aficionado a los caballos; y cuando estaba



en compañía del sátrapa Tisafernes, excedía en pompa y magnificencia el boato persa» PLU, 23, 3-5.

Y a continuación nos dice la motivación para ello:

«Y no es porque le fuese fácil pasar de un modo de vida a otro (...), se revestía de cualquier forma o molde que en cada ocasión resultaban adecuados a las personas con quienes convivía, y en ello encontraba su refugio» PLU, 23, 5.

Sin embargo concluye Plutarco que aunque por las apariencias parecía un hombre nuevo en el fondo Alcibiades seguía siendo el de siempre. Para lo cual cita un verso de la obra *Orestes* de Eurípides donde Electra se refiere a Helena: «“Es la misma mujer de antaño”» (PLU, 23, 6).

Continuando con el discurso de Alcibiades ante la asamblea, les exhorta a ir en ayuda de los siciliotas y a establecer un puesto fortificado en Decelia. Y por si a alguien le quedase alguna duda de su fiabilidad expone los motivos que le llevan a marchar contra su antigua polis:

«Por lo demás, considero justo que ninguno de vosotros crea que soy despreciable si ahora actúo resueltamente contra mi patria, aliado a sus mayores enemigos, cuando antes pasaba por ser un buen patriota; y también que mis palabras no sean sospechosamente interpretadas como expresión despechada de un desterrado. Soy, ciertamente, un desterrado de la maldad de los que me exiliaron, pero no me sustraigo a los servicios que, si me escucháis, puedo prestaros. No sois más enemigos míos vosotros, que en ocasiones habéis causado daños a vuestros enemigos, que aquéllos que obligan a sus amigos a convertirse en enemigos. *En cuanto añade a mi patriotismo, no lo experimento cuando se me agravia, sino cuando ejercía libremente mis derechos ciudadanos. Y tampoco*



pienso que me dirijo ahora contra una ciudad que es todavía mi patria; al contrario, considero que estoy intentando ganarme una que no tengo. Auténtico patriota es no aquél que se abstiene de atacarla tras haber perdido injustamente la suya, sino aquél que por todos los medios posibles, por desearlo vivamente, intenta recuperarla.

De modo que lacedemonios, os pido que utilicéis sin temor mis servicios para cualquier empresa, por peligrosa o penosa que sea, conscientes de esa argumentación que todos repiten: que si como enemigo os infligí duros golpes, puedo también, como amigo, seros de mucha utilidad» TUC, VI, 92.

¿Es simplemente una justificación y serán las circunstancias las que finalmente le empujen a volver a Atenas? ¿O realmente Alcibíades pretendía desde el principio no solamente vengarse sino poder regresar? Este debate reaparecerá posteriormente. El texto también podría interpretarse como que para ganarse una nueva patria (Esparta), atacaba a la antigua, sin embargo parece más bien expresar lo primero.

Fuera cual fuera el motivo que le llevó a colaborar con los espartanos: venganza, alcanzar una posición de poder entre los espartanos, prepararse su retorno derrocando al régimen democrático o debilitando la ciudad... Su colaboración resultó devastadora para sus antiguos conciudadanos; los espartanos siguiendo sus consejos exterminaron al ejército expedicionario en Sicilia y sometieron a un asedio permanente a Atenas con el puesto de Decelia. Atenas que lo había arriesgado todo gracias a él, se veía arruinada también gracias a él.

Como señala Jacqueline de Romilly, hay que entender que «el discurso que leemos es de Tucídides, no de Alcibíades. Es posible que el historiador haya condensado en un brillante texto toda una serie de revelaciones, de justificaciones, de consejos que quizá no fueron expresados el mismo día ni



todos en público. Quizá también Tucídides deduce argumentos que no se expresaron con tanta claridad»⁶. No obstante, queda claramente reflejado el papel principal que había adquirido Alcibíades pese a su condición de desterrado. Así, cuando llegó el ofrecimiento de ayuda de Farnabazo y Tisafernes, sátrapas⁷ de la Frigia Helespónica y de Lidia y Caria respectivamente, se nos relata que prefirieron el segundo por contar con su beneplácito.

«Los lacedemonios, sin embargo, prefirieron con mucho las propuestas de los quiotas y de Tisafernes, en cuanto que éstos contaban con el apoyo de Alcibíades, que estaba ligado por tradición familiar mediante vínculos de hospitalidad con el éforo Endio» TUC, VIII, 6.

Pero no solo tienen su consejo en mayor estima («En efecto, su credibilidad [la de Alcibíades] era superior a la de cualquier otro» TUC, VIII, 12) sino que parte personalmente junto a Calcídeo encabezando la expedición, aunque no se dice claramente que fuera un general o estuviese investido de poderes oficiales esa es la impresión que se saca del relato de los enfrentamientos en Tucídides. No podemos de nuevo más que preguntarnos acerca de los encantos y capacidades que debía de hacer uso. Entre ellos en Tucídides vuelve a reaparecer su habilidad para manipular y engañar a la gente (tal y como ya había ocurrido, en el caso de que lo creamos cierto, con los embajadores en Atenas):

«En cuanto al propio Endio, le decía en privado que conseguiría gran fama al ser el organizador de la sublevación de Jonia y al procurar para los lacedemonios la alianza del Rey, evitando así que este éxito

⁶ DE ROMILLY, Jacqueline: *Alcibíades o los peligros de la ambición*, Seix Barral, Barcelona, 1996, p. 120.

⁷ El sátrapa era el gobernador de una provincia en el antiguo Imperio Persa.



fuera de Agis, con quien, en efecto, se hallaba el propio Alcibíades enemistado» TUC, VIII, 12.

«Alcibíades, en efecto, que mantenía buenas relaciones con algunas personas de relevancia en Quíos, quería atraerse esta ciudad a su causa antes de que llegaran las naves que venían del Peloponeso; *con ello conseguiría para los quiotas, para sí mismo, para Calcídeo y, en fin, para el propio Endio (que era quién le había enviado) aquel título de gloria que les había prometido: el mérito de haber provocado la defección del mayor número posible de ciudades, con la ayuda de las tropas de Quíos y de Calcídeo*» TUC, VIII, 17.

Y de nuevo Alcibíades volvió a enemistarse, y por segunda vez tuvo que exiliarse. Como nos decía Plutarco, pese a sus apariencias, Alcibíades seguía siendo el mismo de siempre:

«Alcibíades, tras la muerte de Calcídeo y de la batalla de Mileto, apareció como sospechoso ante los peloponesios; llegaron los lacedemonios incluso a enviar una carta a Astíoco con órdenes de matarlo (en efecto, además de ser *malquisto por Agis*, resultaba también indigno de confianza por otras razones)» TUC, VIII, 45.

El relato de Tucídides no es muy explícito, sobre todo en los posibles motivos personales del rey Agis. A este respecto Plutarco:

«Timea, la mujer de Agis, cuando éste se encontraba en expedición militar fuera de sus fronteras, la corrompió hasta el punto de que quedó en cinta de Alcibíades y no lo negaba» PLU, 23, 7.

«*Agis, que estaba enemistado con él a causa de su esposa por la afrenta recibida*, sentía además disgusto por su gloria, pues era fama que



casi todas las empresas se hacían y alcanzaban éxito gracias a Alcibiades. Los más poderosos e influyentes de los restantes espartiatas también lo soportaban de mala gana por envidia. Y tuvieron la fuerza suficiente para que los magistrados de Esparta dieran a los de Jonia el encargo de matarlo» PLU, 24, 3-4.

De ese modo en el 412 a.c., malquerido por atenienses y espartanos, huía de nuevo. Esta vez a la corte del bárbaro⁸ Tisafernes.

En la corte de Tisafernes

«Sintió miedo y fue a refugiarse primeramente junto a Tisafernes, dedicándose acto seguido a perjudicar lo más posible los intereses de los peloponesios» TUC, VIII, 45.

Y de nuevo *«pronto llegó a ser el personaje más importante e influyente de los que lo rodeaban. Pues su astucia y habilidad extraordinaria llenaban de admiración al bárbaro»* (PLU, 24, 4-5). De nuevo volvía a ganarse la confianza de su anfitrión, incluso la del sátrapa Tisafernes, con toda la fama de crueldad que arrastraba tras de sí.

A continuación lo explica: «no había carácter que resistiese ni naturaleza que no se dejase conquistar por sus encantos en el entretenimiento y trato cotidiano, e incluso quienes lo temían u odiaban, al convivir con él o al mirarle, sentían cierto placer y se veían movidos a tratarle con cariño» (PLU, 24, 5).

⁸ La palabra bárbaro procede de la onomatopeya «bar bar», equivalente al «bla bla» actual con el que se quiere significar que no se entiende lo que se dice. LARA PEINADO, Federico, CABRERO PIQUERO, Javier, CORDENTE VAQUERO, Félix y PINO CANO, Juan Antonio: op. cit, s. v. bárbaros: «Extranjeros. Homero la emplea para designar un idioma, rudo, difícil, que no se entiende, el de los carios. Se hace extensiva a todos aquellos que no hablan griego y, por extensión, a todos los que están fuera de la cultura y los valores clásicos. En principio, no encierra juicio de valor, pero los horrores y las destrucciones (incluso de santuarios) cometidas por algunos extranjeros, como los persas y los gálatas, hacen que adquiera este significado».



Alcibíades exhortaba a Tisafernes a retirar el apoyo a los espartiatas, esto lo argumentaba así:

«Exhortaba también a Tisafernes a que no se diera prisa en concluir la guerra y a que no buscara conceder la supremacía por tierra y por mar a una misma potencia (...); por el contrario, debía dejar que ambos contendientes se repartieran el poder en sus respectivos campos y permitir así que el Rey pudiera en cada ocasión llevar a cualquiera de los dos contra el que resultara más molesto.

Ya que si el dominio por mar y por tierra llegaban a confluir en un mismo bando, tendría dificultades en encontrar aliados para abatir a quienes poseyeran la supremacía, a menos que tuviera la intención de alzarse él mismo un día, con grandes dispendios y grandes riesgos, para dar batalla final. *Mucho más económico resultaba lo siguiente: dejar que los griegos se agotaran entre sí*, no teniendo que contribuir más que con una pequeña parte del gasto y desde una posición de gran seguridad para sí mismo» TUC, VIII, 46.

«Le aconsejaba [a Tisafernes], por el contrario, que les diera suministros con parquedad, para *desgastarlos y debilitarlos poco a poco, hasta hacer a ambos bandos dóciles al rey, una vez que se agotaran mutuamente*» PLU, 25, 1.

Sin embargo ambos autores señalan la posibilidad de que su motivación real fuera evitar la completa destrucción de su patria de origen, permitiendo de este modo su posible regreso:



Coin of Tisafernes.
Fuente: Wikimedia
Commons.



«Alcibíades daba estos consejos a Tisafernes y al Rey [Persa], con quienes vivía, fuera porque creía que era lo que mejor podía aconsejarles, fuera porque preparaba su propio regreso a su patria, pues sabía que si no provocaba su ruina, tendría él algún día la posibilidad de convencerla para que le reclamara» TUC, VIII, 47.

«El propio Alcibíades sentía ya pesar y tenía miedo de que Atenas fuera totalmente destruida y él quedara a merced de los lacedemonios, que lo odiaban» PLU, 25, 2.

Aunque aquí Plutarco se pronuncia porque fue el miedo lo que empujó a Alcibíades a evitar la total destrucción de Atenas, en la comparación final con Coriolano, no sabe si pronunciarse por este argumento o por si al contrario siempre había albergado un deseo genuino de volver:

«Alcibíades volvió a pasarse a los atenienses, porque los espartiatas, por el miedo y, al mismo tiempo, el odio que le tenían, estaban tendiendo emboscadas contra él (...). A menos que, por Zeus, fuese verdad que le lisonjeaba para evitar la ruina total de Atenas, adonde añoraba regresar» PLU, 41(2), 8-9.

Por otra parte, además:

«Afirmaba [Alcibíades] además que los atenienses representaban la potencia más idónea para compartir con él el imperio, ya que aspiraban sólo muy moderadamente al dominio terrestre (...). En efecto, los atenienses unidos a los persas someterían bajo su dominio las zonas próximas al mar, y bajo dominio del Rey a los griegos instalados en su territorio; en cambio los lacedemonios vendrían, por el contrario, a liberar estos territorios. Y no era verosímil que después de haber liberado los



lacedemonios a estos griegos del yugo de otros griegos, fueran a renunciar a liberarles de ellos [de unos bárbaros] » TUC, VIII, 46.

El argumento que coloca Tucídides en boca de Alcibíades resulta como poco sospechoso: compartir el imperio con los atenienses porque estos permitirían que los griegos instalados en su territorio estuviesen sujetos al yugo del Rey. Sin embargo sabía perfectamente que hasta entonces había sido todo lo contrario, los espartanos se habían desentendido de los griegos de Asia Menor y los atenienses habían sido los máximos enemigos del poder persa en la zona. Ahora los espartanos, según la versión oficial, llevaban a cabo la guerra con el objetivo de liberar a todos los griegos; pero dadas las diferencias de carácter de ambas ciudades (los atenienses tan emprendedores y abiertos y los espartanos tan apocados y cerrados) era bastante probable que las actitudes pasadas con respecto a las ciudades jónicas volvieran a repetirse.

«A su juicio, la mejor manera de llegar a convencerla [para que le reclamara] consistía en hacerle ver [a Atenas] que era amigo de Tisafernes» TUC, VIII, 47.

En total, Tucídides parece decirnos que a estas alturas (antes no se sabe) sus acciones iban ya plenamente encaminadas a preparar su regreso.

El retorno del héroe y su caída definitiva

«En efecto, los soldados atenienses que estaban en Samos se enteraron de que ejercía una gran influencia sobre él [Tisafernes]; además, por su parte, Alcibíades estableció contacto con los individuos más influyentes a fin de que en su nombre recordaran a los más nobles ciudadanos que su deseo era regresar bajo un régimen oligárquico, en vez de este malvado régimen democrático que le había exiliado, para vivir entre sus conciudadanos tras haberles granjeado la amistad de Tisafernes. Por todo esto, y sobre todo por sus sentimientos personales,



los trierarcos [jefes de los trirremes o barcos griegos que contaban con tres filas de remeros] y los atenienses más influyentes de cuantos se hallaban en Samos estaban resueltos a derribar la democracia.

(...) Algunos, pasando desde Samos al continente, entraron en conversaciones con Alcibíades, y como éste les prometiera la amistad primero de Tisafernes y luego la del Rey con la condición de que no estuviera vigente el régimen democrático (ya que así aumentaría la confianza del Rey) (...). Una vez de regreso a Samos se pusieron a preparar con sus partidarios una conjura y decían abiertamente a la masa del pueblo que el Rey sería su amigo y que les proporcionarían dinero, una vez que estuviera de regreso Alcibíades y no mantuvieran el régimen democrático.

Por su parte, la masa, aunque en un primer momento se mostró molesta por lo que se tramaba, se mantuvo tranquila ante las bellas expectativas del sueldo pagado por el Rey» TUC, VIII, 47-48.

«Alcibíades envió en secreto un mensaje a los atenienses que dominaban la situación en Samos, dándoles esperanzas de que él les procuraría la amistad de Tisafernes y añadiendo que hacía esto, no por congraciarse con el pueblo ni porque confiara en él, sino en beneficio de los nobles, para ver si se atrevían a obrar con entereza y tras poner fin a la insolencia del pueblo salvar por sí mismos el estado y los intereses comunes» PLU, 25, 5.

En el 411 a.c. llegaba a oídos de sus compatriotas su influencia sobre Tisafernes. Tras contactar ofreció la amistad del Rey Persa a cambio de su vuelta y la modificación del régimen político, argumentando que una oligarquía daría más confianza al Rey. Alcibíades no era un oligarca y, como se verá, será con un sistema democrático con el que retornará; pero en este momento debía de entender que el único modo de regresar con seguridad era derrocar el régimen que lo había condenado. Asimismo,



una democracia ofrecía muchas más posibilidades a Alcibíades que una oligarquía; pues en esta última se impone la cohesión e igualdad de la minoría dirigente a diferencia de una democracia, donde gracias a la valía personal y la demagogia uno puede llegar a destacar por encima de la multitud. «Además que un hombre como él no tenía cabida en un régimen oligárquico [los conjurados de Samos respecto a Alcibíades]» TUC, VIII, 63.

«Todos los encontraron ventajosas y dignas de confianza [las condiciones de Alcibíades], excepto Frínico, que aún seguía siendo estratega, a quien no agradaron en absoluto. Le parecía, por el contrario – como en realidad era- *que a Alcibíades no le interesaba más la oligarquía que la democracia, sino que sólo atendía a ver la manera de cambiar el actual ordenamiento de la ciudad para poder regresar a ella reclamado por sus partidarios*» TUC, VIII, 48.

«Todos los demás generales apoyaron con firmeza la propuesta de Alcibíades, excepto uno solo, Frínico, del demo de Dirades, que sospechando –cosa que era verdad- *que a Alcibíades no le importaba lo más mínimo la oligarquía o la democracia, que lo único que buscaba era regresar de cualquier modo y que por eso trataba de halagar de antemano y granjearse el favor de los poderosos mediante acusaciones contra el pueblo*» PLU, 25, 6.

En un principio en Samos se apoya la conjura y se envían embajadores, entre ellos Pisandro, a Atenas para preparar el cambio político también allí. Al llegar a la polis:

«(...) hablaron delante del pueblo, exponiendo un resumen de los principales argumentos: especialmente el de que podían, invitando a Alcibíades a regresar y no gobernándose por un régimen democrático



como el de ahora, tener como aliado al Rey y derrotar a los peloponesios. *Pero fueron muchos los que se pronunciaron en contra de la modificación del sistema democrático, y los enemigos de Alcibíades protestaban a voz en grito que sería un gran escándalo que éste pudiera regresar después de haber violado las leyes, e incluso los Eumólpidas y Céricos, apelaron a los Misterios –que había sido la causa por la que se le había desterrado- y se opusieron en nombre de los dioses a que lo repatriaran.* Entonces Pisandro se acercó a la tribuna para hacer frente a tan *gran oposición y descontento* y empezó a citar y a preguntar uno por uno a los opositores si había alguna esperanza de salvación para la ciudad, ahora que los peloponesios tenían en el mar un número de naves prestas al ataque no menor que las suyas, contaban con mayor número de ciudades aliadas y con que el propio Rey y Tisafernes les estaban proporcionando dinero, mientras que ellos carecían de él, a menos que alguien consiguiera persuadir al Rey a que se pasara al bando de Atenas. Y una vez que, al hacerles esta pregunta, contestaran negativamente, les dijo ya abiertamente:

“Pues bien, no nos será posible obtener tal alianza si no nos gobernamos con mayor moderación y no confiamos los cargos a un número más reducido de ciudadanos, con vistas a que el Rey confíe en nosotros. Y no debemos deliberar ahora más sobre la forma de gobierno (ya que podremos, con el paso del tiempo, modificar lo que menos nos guste de ella) cuanto sobre nuestra salvación, y sobre que tenemos que repatriar a Alcibíades, que es el único que en la actualidad puede llevar a la práctica este proyecto”

Al oírle el pueblo, al principio mostró cierta repugnancia ante la idea de la oligarquía, pero al demostrarles claramente Pisandro que *no había otro medio de salvación sintió miedo, y cedió*, dado además que se esperaba poder modificar más adelante la situación. Y aprobaron que Pisandro y otras diez personas más acudieran a tratar con Tisafernes y con Alcibíades» TUC, VIII, 53-54.



La ciudad sigue enemistada con él y son las circunstancias las que le empujan contra sus deseos a consentir su retorno. Alcibíades también debía de intuir el resentimiento que le guardaban y es por ello por lo que primero buscó volver a ganarse su aprecio con una serie de victorias militares. Incluso tras éstas, cuando decide regresar, en un principio según Plutarco se muestra temeroso ante la incertidumbre del recibimiento: «(...) arribó temeroso y tras amarrar el barco no bajó de la trirreme hasta que de pie sobre cubierta, vio que estaba allí su primo Euriptólemo con muchos parientes y amigos que le aguardaban e invitaban a desembarcar» (PLU, 32, 3). No había nada que temer, de nuevo era él héroe de Atenas: «Cuando bajó a tierra, la gente que venía a su encuentro parecía no ver siquiera a los demás estrategos; todos se congregaron junto a él corriendo y daban gritos de júbilo» (PLU, 32, 4). Sin embargo la fama le duraría poco y su propia aureola de invencibilidad acabaría por pasarle factura.

Pero no nos adelantemos y continuemos la historia donde la habíamos dejado, llegan los embajadores para tratar con Alcibíades:

«Los embajadores atenienses que acompañaban a Pisandro se presentaron ante Tisafernes y entablaron conversaciones acerca del posible acuerdo. Y Alcibíades (que en efecto, no se encontraba completamente seguro de las intenciones de Tisafernes, ya que éste continuaba temiendo a los peloponesios, y aún quería –de acuerdo con lo que Alcibíades le aconsejaba- desgastar a ambos contendientes) recurrió a la siguiente estratagema: hacer que las exigencias de Tisafernes fueran tan exorbitadas que no resultara posible llegar a un acuerdo con los atenienses.

A mí me parece que también Tisafernes buscaba esto mismo, aunque su razón era por miedo; en cambio Alcibíades, al haberse percatado de



que aquél tampoco estaba dispuesto a llegar a un acuerdo, *no quería dar a los atenienses la impresión de no ser capaz de persuadirlo, sino que eran los propios atenienses quienes no ofrecían concesiones suficientes a un Tisafernes que estaba persuadido y deseoso de llegar a un acuerdo»* TUC, VIII, 56.

Los embajadores se dan cuenta del engaño de Alcibíades y se retiran enfadados a Samos. Los oligarcas, pese a todo, prescindiendo de la ayuda de Alcibíades, deciden llevar adelante el golpe de estado. En Atenas obtiene éxito y se implanta el régimen de los Cuatrocientos, sin embargo en Samos no fructifica y acaba por vencer el bando demócrata. A continuación se celebra en Samos una asamblea donde, entre otras medidas, se defiende la necesidad de hacer regresar a Alcibíades; recordar que habían sido precisamente los conjurados los que se habían entrevistado con Alcibíades, con lo cual los demócratas de Samos no se hallaban todavía al corriente de la verdadera influencia que jugaba sobre el sátrapa:

«Por otra parte, si concedían la inmunidad y el regreso a Alcibíades, les proporcionaría con sumo gusto la alianza del Rey» TUC, VIII, 76.

«Los que estaban al frente de la situación en Samos, y de modo especial Trasíbulo, se mantenía aferrado siempre a la misma idea, una vez que había cambiado el régimen de la ciudad: que había que hacer regresar a Alcibíades. Finalmente consiguió convencer a los soldados, reunidos en una asamblea...»

¿Había alguna especie de acuerdo secreto entre Trasíbulo y Alcibíades? A este respecto ni Tucídides ni Plutarco mencionan nada.



«...Una vez que éstos aprobaron el regreso y la impunidad de Alcibíades, zarpó hacia donde estaba Tisafernes y trajo a Alcibíades hasta Samos, estimando que la única salvación que ellos tenían era conseguir que Tisafernes pasara del bando peloponesio al suyo.

Reunida la asamblea, Alcibíades hizo algunas acusaciones y se quejó de la desgracia personal que le había supuesto el destierro, y a continuación habló in extenso de los asuntos de la ciudad, inspirándoles grandes esperanzas para el futuro, el tiempo que exageraba la máximo su influencia ante Tisafernes» TUC, VIII, 81.

En Tucídides Alcibíades sigue jugando la baza de su influencia sobre Tisafernes. Y en un momento, gracias a su carisma y dotes de persuasión, de nuevo ostentaba el mando, incluso con la suficiente autoridad como para oponerse a la asamblea:

«Los soldados, tras oírle éstas y otras muchas razones, *lo nombraron de inmediato estratego, en unión de los anteriores, y le confiaron la dirección de todos los asuntos.* Nadie hubiera querido cambiar en aquel momento por nada del mundo su repentina esperanza de alcanzar la salvación y de infligir un castigo a los Cuatrocientos. *Se hallaban incluso decididos, a raíz de cuanto acababa de decirseles, a despreciar a los enemigos que allí se hallaban presentes y a poner rumbo al Pireo. Sin embargo, y a pesar de la insistencia de la mayoría, Alcibíades se opuso totalmente a marchar hacia el Pireo* dejando en retaguardia a unos enemigos muy próximos, y por el contrario, afirmó que –ya que le habían nombrado estratego- se ocuparía en primer lugar de la guerra, tras haber acudido a presencia de Tisafernes.

Una vez concluida la asamblea se puso de camino a fin de dar la impresión de que actuaba en todo de acuerdo con él, y porque quería al mismo tiempo acrecentar su prestigio ante él, haciéndole ver que había sido elegido ya estratego, y que se hallaba en disposición de poderle



causar bienes y males. Ocurría, pues, que *Alcibíades se servía de los atenienses para intimidar a Tisafernes, y de Tisafernes para intimidar a los atenienses*» TUC, VIII, 82

Y después, una segunda vez, en esta ocasión con motivo de la llegada de unos embajadores de Atenas:

«Se hallaba allí Alcibíades cuando llegaron desde Delos los representantes de los Cuatrocientos (...). Y a pesar de que hicieron éstas y muchas otras precisiones, no por ello les prestaban mayor atención, sino que se irritaban y cada cual hacía una propuesta diferente, y de modo especial la de zarpar hacia el Pireo. *Al parecer fue entonces la primera vez que Alcibíades se mostró de gran utilidad –y mejor que nadie– para su ciudad. En efecto, mientras que los atenienses que estaban en Samos se mostraban deseosos de dirigirse contra sus conciudadanos (y en tal caso los enemigos se habrían apoderado con absoluta certeza e inmediatamente de Jonia y del Helesponto) él lo impidió. En un momento como aquél ningún otro hubiera sido capaz de contener a la muchedumbre; en cambio, él les hizo desistir de la expedición, e increpando a quienes estaban molestos con los embajadores a causa de motivos personales, los apartó de sus propósitos.*

El mismo despidió a los embajadores después de haberles contestado lo siguiente: que *no se oponía al gobierno de los Cinco Mil⁹, aunque aconsejaba a los atenienses que se deshicieran del gobierno de los Cuatrocientos y a que restablecieran el Consejo tal cual lo habían tenido antes, es decir, de los Quinientos (...)*, les exhortaba a resistir y a no ceder nada ante el enemigo en el caso de que la ciudad se salvara, había gran esperanza de alcanzar un acuerdo entre sí, mientras que si una

⁹ Una especie de democracia censitaria o limitada, de régimen a caballo entre una oligarquía y una democracia propiamente dicha, en la que parece las decisiones y gobierno recaían únicamente en aquellos ciudadanos que disfrutaran del suficiente poder adquisitivo como procurarse el armamento hoplítico (TUC, VIII, 97).



cualquiera de las dos facciones (...) sucumbía, ya no habría ni con quien poderse reconciliar» TUC, VIII, 86.

Tucídides escribe que fue la primera vez que se mostró de gran utilidad y prestigio para su ciudad, pero esto no habría que entenderlo en la totalidad de su carrera política, sino dentro del nuevo período que se abría, en caso contrario afirmaciones anteriores relativas a que siempre había llevado los asuntos públicos de la mejor manera posible carecerían de sentido. Alcibíades no era simplemente un demagogo que se dejase arrastrar por la opinión pública; demuestra su carácter y se opone con firmeza evitando el desastre de una guerra civil. Tucídides incluso señala que «ningún otro hubiera sido capaz de contener a la muchedumbre». Y a la vuelta de los embajadores a Atenas, su mensaje unido a su presencia junto a los demócratas de Samos actúan a modo de detonante (ya existía previamente descontento) del contragolpe que depone a los Cuatrocientos. Tal era la valía y el prestigio de este hombre, capaz por sí solo de cambiar rápidamente todo el panorama político.

«Una vez los embajadores que habían sido enviados por los Cuatrocientos regresaron desde Samos a Atenas, informaron del mensaje de Alcibíades, a saber, que animaba a los atenienses a resistir y a no ceder en nada ante el enemigo, haciéndoles concebir grandes esperanzas de poder reconciliar al ejército de Samos con los miembros de la ciudad y poder así derrotar a los peloponesios. Entonces la mayor parte de los miembros de la oligarquía, que con anterioridad ya se encontraban molestos y que se habrían mostrado dispuestos a librarse de esta situación con tal de no correr riesgo, se vieron entonces aún más firmemente decididos.

Comenzaron ahora a reunirse en grupos y a criticar la situación. A su cabeza se encontraban algunos de los elementos más destacados de la oligarquía y de los que ocupaban los cargos públicos. Por ejemplo



Terámenes, hijo de Hagnón, Aristócratas, hijo de Escelias, y otros que habían tomado parte principal en los asuntos, pero que ahora –según decían- *tenían gran temor al ejército de Samos y en particular a Alcibíades*. También temían que sus colegas que habían partido como embajadores a Esparta tomaran (sin consultar a la mayoría) alguna decisión funesta para la ciudad.

No es que propusieran abolir directamente el gobierno oligárquico, pero sí que había que designar de hecho a los Cinco Mil (que no existían) más que nominalmente) y distribuir más equitativamente los derechos políticos entre los ciudadanos (...). *Sin embargo, lo que les daba mayores ánimos era la sólida posición de que gozaba Alcibíades en Samos y la impresión de que el régimen oligárquico no iba a durar mucho*» TUC, VIII, 89.

Plutarco sintetiza la narración de Tucídides. Entre las afirmaciones menciona que se comportó como correspondía a un caudillo. Desde luego, pese a sus defectos, ambos autores ven a Alcibíades como un gran militar y líder.

«(...) los de Samos, al enterarse de esto [de los atropellos que se cometían en la ciudad], se indignaron y estaban ansiosos por emprender cuanto antes la navegación para ir al Pireo; pero antes mandaron llamar a Alcibíades y tras nombrarlo general, le pidieron que se pusiera al frente de la flota y derrocará a los tiranos.

Él no se comportó entonces como podría haberlo hecho otro hombre elevado de repente al poder por el favor de la multitud ni se contentó con obrar como si creyera que debía complacer en todo pronto y no contradecir en nada a quienes acababan de sacarle del exilio y del destierro y la habían nombrado general y jefe de tantas naves y de un campamento y unas fuerzas tan importantes. Por el contrario, como correspondía exactamente a un caudillo, supo oponerse a quienes se



dejaban arrastrar por la ira, impidió que cometieran un desatino irreparable y, gracias a todo ello, salvó de manera manifiesta, al menos en esa ocasión, los intereses del estado» PLU, 26, 3-4.

El relato de Tucídides concluye, hay alguna mención más a Alcibíades pero sin especial importancia para el análisis del personaje. Plutarco lógicamente prosigue hasta su muerte; destacaremos simplemente unos pocos detalles para ilustrar mejor su psicología y la imagen que de él nos transmite el autor.

Tras una serie de victorias decisivas que salvan la situación y restituyen parte del imperio marítimo ateniense, Alcibíades se decide a volver. Estamos en el 407 a.c, Alcibíades entra en el Pireo, le acompaña todo un cortejo de naves cargadas de trofeos. Pese a todo está temeroso y duda sobre los sentimientos de sus conciudadanos, no sabe que puede esperar. Pero sus temores son vanos, de nuevo vuelve a ser el niño mimado de Atenas, es el salvador de la patria: «Muchas eran las lágrimas que se mezclaban a la alegría de la ciudad, y el recuerdo de las anteriores desgracias se unía a la felicidad presente y calculaban que ni habrían fracasado en Sicilia ni se habrían desvanecido ninguna otra de sus esperanzas, si hubieran dejado a Alcibíades al frente de las empresas de entonces y de aquel gran ejército, porque ahora, cuando se había hecho cargo de la ciudad en el momento en que estaba a punto de ser expulsada del mar, cuando en tierra apenas era dueña de los arrabales de la ciudad, y cuando en su interior se estaba desgarrando por las luchas intestinas, la había levantado de estas luctuosas y humillantes ruinas, y no sólo le había devuelto el dominio del mar, sino que también la mostraba vencedora con la infantería por doquier sobre los enemigos» (PLU, 32, 4).



Pero muy pronto las viejas suspicacias volvieron a surgir y los poderosos volvieron a sentirse amenazados por el prestigio e influencia recobrados de Alcibíades. Así que tras aprobar todo lo que él quiso relativo a la guerra lo volvieron a hacer a la mar. Y tal y como dice Plutarco

«si hubo alguien a quien su propia reputación destruyera ése fue Alcibíades. Pues siendo grande su fama de audacia e inteligencia gracias a los éxitos logrados, cualquier deficiencia le hacía sospechoso de no haber puesto su esmero, porque no podía creerse que no hubiera podido; si hubiera puesto su empeño, nada se le habría escapado» (PLU, 35, 3).

Tras las primeras espectaculares victorias, la guerra se estanca en un punto muerto. El pueblo de Atenas es incapaz de entender que el invencible Alcibíades sea incapaz de recuperar las ciudades jónicas de Asia Menor. Surgen los primeros reproches.

Estamos en el 406 a.c., la falta de dinero acucia constantemente a Alcibíades. Éste deja a Antíoco, un amigo y subordinado, en Notio al mando de la flota y marcha en busca de fondos. Las órdenes son claras, que bajo ningún concepto presente batalla. Su amigo, es de suponer que ávido también de un poco de gloria, desobedece y provoca a los lacedemonios para combatir. Antíoco es derrotado y muere en la batalla. Alcibíades regresa pronto e intenta forzar una nueva batalla para resarcirse de la anterior; sin embargo Lisandro (el estratega lacedemonio) satisfecho con la victoria obtenida, no arriesga, y prefiere permanecer en puerto. Alcibíades no es el culpable de la derrota pero en Atenas rápidamente es acusado y vuelven a reaparecer las habladurías y los fantasmas del pasado: su vida licenciosa, su arbitrariedad y soberbia... Alcibíades coge de nuevo el camino del exilio, a Tracia, donde dispone de algunos fortines particulares. Y, tras reunir algunos mercenarios, comienza a hacer la guerra a los tracios no sometidos al poder persa.



«Así fue acumulando grandes riquezas con el botín capturado y, al mismo tiempo, proporciona seguridad contra los bárbaros a los griegos establecidos en aquellos contornos» (PLU, 36, 5).

Así pues, esta vez no se pasa al enemigo; se establece cerca de los estrechos del Helesponto, donde además de hacer fortuna da cobertura a las ciudades griegas de la zona. Es decir, a las cleruquías¹⁰ atenienses que controlan el estrecho. Un exilio cercano desde donde puede prestar ayuda y ser reclamado en cualquier momento. En esta ocasión Alcibíades no alberga ningún sentimiento de venganza e incluso sigue prestando apoyo a su patria. Y llegamos al desenlace de la guerra. Es el 405 a.c., la flota ateniense está fondeada en Egospótamos. Alcibíades baja a caballo y previene a los estrategos atenienses de su peligrosa situación; no obstante esta vez, el que siempre había convencido a quien se propusiera, no consigue nada y marcha malhumorado. Es inevitable no hacer un paralelismo con la fábula del pastorcillo y el lobo. Como consecuencia el desastre de la flota es completo, perdiendo Atenas sus últimos barcos.

«En vista de esto, temiendo Alcibíades a los lacedemonios, dueños ya de tierra y mar se trasladó a Bitinia...» (PLU, 37, 6) y de allí decidió internarse en Asia «...para ir donde Artajerjes, considerando que él no se revelaría inferior a Temístocles, si el rey le ponía a prueba, tanto más cuanto que tenía un motivo más noble: *pues no era contra sus conciudadanos, a diferencia de aquél, sino en defensa de sus patria contra los enemigos por lo que prestaría sus servicios y solicitaría el poder del rey*» (PLU, 37, 7-8). Tras la victoria espartana su situación es

¹⁰ «Con este nombre se designa en el siglo V a.C. a las guarniciones más o menos permanentes de soldados atenienses que, instalados en territorio extranjero, recibían un clerós [lote de terreno] como retribución» (Más detalles en FERNÁNDEZ URIEL, Pilar y VÁZQUEZ HOYS, Ana María: op. cit., s.v. cleruquía).



insegura y decide marchar donde el Gran Rey¹¹ para conseguir su ayuda a favor de Atenas. Como sabemos no pudo llegar, antes fue asesinado. No es posible vaticinar cómo se hubieran desarrollado sus gestiones; sin embargo su actitud nos plantea varias interrogantes: ¿Este apego por la patria era algo nuevo o siempre estuvo en él? ¿Por qué tras su segundo exilio de Atenas sigue colaborando con sus conciudadanos, acaso era la única salida que le quedaba tras ganarse la enemistad de los espartanos? ¿Su diferente actitud se debe a un proceso de maduración, de desarrollo interno, del propio Alcibíades?

Nunca podremos contestar a estas preguntas, nunca sabremos realmente si el Alcibíades de la última época era una persona nueva, más desinteresada y preocupada por la patria, o si seguía siendo el mismo joven ambicioso capaz de cualquier cosa. Cada cual puede hacer las cábalas que quiera. Tucídides y Plutarco en particular se muestran ambivalentes; pues aunque critican sus aspectos negativos, no dejan de alabar sus facetas positivas. A este respecto no podemos olvidar tampoco sus propias circunstancias personales y extracción social; Tucídides fue desterrado como Alcibíades y eso le pudo haber empujado a sentir cierta comprensión y simpatía por él, Plutarco por otra parte era miembro de la aristocracia provincial romana. De haber procedido de otra extracción social y tenido otras inclinaciones políticas (por ejemplo demócratas), no cabe duda que habrían realizado una crítica más dura.

Concluiremos con Plutarco:

«Y eso que también Alcibíades fue responsable de grandes desdichas de sus conciudadanos por su cólera. Pero nada más darse cuenta del arrepentimiento de los atenienses, se mostró bondadoso y, cuando

¹¹ Forma habitual de referirse al Rey Persa.



Historia Digital colabora con la *Fundación ARTHIS*

volvieron a arrojarlo de la patria, no se alegró de los errores de los generales ni dejó de importarle que tomaran decisiones equivocadas o se vieran expuestos a peligros; por el contrario, hizo precisamente lo mismo que ha valido a Arístides tantos elogios cuando se entrevistó con Temístocles: presentarse ante los que mandaban en ese momento, aun no siendo amigos suyos, y explicarles y darles las instrucciones precisas» PLU, 41(2), 6.



Alcibiade, engraving by Agostino Veneziano (ca. 1490-1540). Fuente: Wikimedia Commons.

***Historia Digital*, XV, 25, (2015). ISSN 1695-6214**

© Roberto Martínez Catalán, 2015

